



Perfiles Latinoamericanos

ISSN: 0188-7653

perfiles@flacso.edu.mx

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

México

Percepciones públicas del fraude electoral en México
Perfiles Latinoamericanos, núm. 14, junio, 1999, pp. 103-127
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11501406>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



PERCEPCIONES PÚBLICAS DE FRAUDE ELECTORAL EN MÉXICO*

Andreas Schedler**

Después de una larga historia de fraude electoral, los mexicanos entraron en la década de los noventa con profundo escepticismo hacia las elecciones políticas. Las subsiguientes reformas electorales básicamente resolvieron el problema del fraude, pero ¿cómo respondieron los ciudadanos a estas transformaciones?, ¿mantuvieron su “cultura de la desconfianza”? ¿o ajustaron sus evaluaciones a las nuevas realidades? Con base en un amplio conjunto de datos de opinión pública, el artículo concluye que la confianza ciudadana en las elecciones federales ha aumentado de manera constante y sostenida desde 1988.

After a long history of electoral fraud, Mexicans entered the 1990s with deep skepticism towards political elections. Subsequent electoral reforms succeeded to bring fraud under control. How did Mexican citizens react to these institutional changes? Did they hibernate under the protective cover of an unchanging “culture of distrust”? Or did they adapt their expectations to the new realities? The article supports the hypothesis of change. Analyzing a set of formerly disperse opinion poll data, it arrives at an optimistic picture: Trust in elections has steadily increased since 1988.

Introducción

Hace menos de una década, México disfrutaba de una sólida reputación como uno de los fabricantes principales, a nivel mundial, de fraude electoral. Las reformas electorales de los años noventa han acabado tanto con esta fama como con la realidad. Transformando el sistema de administración electoral en su totalidad, estas reformas empujaron al país, paso por paso, al reino aventura de la democracia electoral.¹ Por el lado de las per-

* El autor agradece a Austreberto Torres y Sergio Camacho de Alduncin y Asociados, Pablo Parás y Óscar Benítez de CEOP y MORI México, Jorge Buendía y Gabriela Davignau del CIDE, y Alfredo Gracia del IFE, por permitirle el acceso a datos guardados en sus instituciones. Agradece también a la Academia Austríaca de Ciencias su apoyo a través del Programa Austríaco de Investigación y Tecnología Avanzadas (APART) y además, a Miguel Basáñez, Federico Estévez, Fabrice E. Lehoucq, Soledad Loaeza, James A. McCann, Alejandro Moreno y dos dictaminadores anónimos, sus útiles consejos y comentarios.

** Profesor-investigador de FLACSO-Sede México.

¹ Para una síntesis de las reformas electorales en México desde 1977, véase Schedler (1997).

cepciones, para los partidos que las negociaron (en los años 1989-1990, 1993, 1994 y 1995-1996), la credibilidad de las elecciones no era sólo una meta más, era su auténtica obsesión. Y también en esto su éxito está a la vista. En lo fundamental, la nueva institucionalidad electoral se ha ganado la confianza de los principales actores políticos. Los partidos han llegado a aceptar el juego democrático y los conflictos poselectorales, que tan comunes eran hasta mediados de los años noventa, se han convertido en excepciones raras (Eisenstadt, 1998).

Pero ¿qué ha pasado con los ciudadanos? La transformación institucional, exitosa y reconocida por una buena parte de la élite, ¿logró cambiar las percepciones y expectativas ciudadanas?, ¿la desconfianza endémica que reinaba antes ha cedido lugar a actitudes de mayor confianza?, ¿o siguen inmersos los ciudadanos comunes en una inmutable e impenetrable “cultura de la desconfianza”? ¿Es cierto que los sistemas poshegemónicos como el mexicano están condenados a vivir, para largo rato, con bajos niveles de credibilidad electoral?²

Para responder a dichas interrogantes este artículo analiza un buen número de datos de opinión pública que miden directamente percepciones y expectativas de fraude electoral (de 1988 a 1998). De hecho, junta todas las encuestas disponibles en términos prácticos (a lo mejor todavía hay más, de los que ni el autor ni sus interlocutores ni los alrededor de 25 colegas consultados se han enterado). Si antes este conjunto heterogéneo de datos estaba disperso y mayoritariamente archivado, el esfuerzo de síntesis y sistematización que hace este ensayo, junto con su lectura crítica de la estructura semántica de las encuestas, permite determinar lo más cercano a una serie de datos comparables que es posible establecer, dada su naturaleza dispar.

Se trata nada más de un primer paso en un campo de investigación que se abre amplio y fructífero, a pesar de su relativo abandono hasta la fecha. Será un paso modesto, con aspiraciones primariamente metodológicas y descriptivas, aunque eso sí, acompañadas por una serie de reflexiones explicativas (a nivel “macro”). Anticipo, sin embargo, el resultado básico de este intento de reconstruir una primera “radiografía” no del fraude electoral sino de sus percepciones de parte de la ciudadanía: desde la “crisis de legitimidad” de 1988, la credibilidad de las elecciones federales en México ha aumentado de manera constante —un proceso de cambio de percepciones que a

² Por ejemplo, según Molina y Hernández (1998), en los “sistemas de partidos hegemónicos en transición”, como el mexicano, la confianza en las elecciones es baja de manera cuasi natural. En tales contextos, escriben, “la credibilidad de las elecciones es baja [...] independientemente del tipo de organismo electoral o del número de partidos efectivos” (que son las dos variables institucionales que los autores estudian) (*ibid.*, p. 10).

grandes rasgos parece estar acorde con el progreso real que se ha logrado, en el mismo tiempo, en la organización de elecciones y el control del fraude.

La construcción de confianza

En años recientes la ciencia política ha redescubierto la importancia de la confianza en la política. Trabajos fundamentales como *Making Democracy Work*, de Robert Putnam (1993), y *Trust*, de Francis Fukuyama (1995), han argumentado con fuerza que la confianza tiene importancia para el funcionamiento tanto de las instituciones políticas como de las económicas, para la democracia como para el capitalismo. Estos trabajos han tratado a la confianza básicamente como una variable independiente, que está presente en las “comunidades cívicas” (Putnam) o en la “virtud social” (Fukuyama) o que está ausente. De acuerdo con esta idea se conciben los cambios en los niveles de confianza societal como cambios culturales, los cuales son notoriamente lentos y tardan décadas o hasta siglos en materializarse.

El presente artículo que mira la confianza como una “variable dependiente” invierte esta perspectiva. En lugar de tratarla como un parámetro exógeno y fijo, que determina el desempeño institucional, concibe a la confianza como una variable endógena, susceptible de cambiarse como resultado de los cambios institucionales. Además, también invierte la perspectiva normativa sobre la confianza. En un régimen autoritario que organiza elecciones fraudulentas de manera regular, la confianza institucional no puede considerarse como un atributo de “virtud cívica”. En tal contexto no son los demócratas sino los ignorantes y los autoritarios quienes tienen confianza en las elecciones. Es sólo en el proceso de democratización que los ciudadanos racionales y democráticos puedan llegar a darle su voto de aprobación al proceso electoral. Pero ¿cuánto tiempo necesitan para abandonar el cinismo aprendido, su desconfianza institucional adquirida a lo largo de décadas de manipulación electoral autoritaria?, ¿tendrán la capacidad y la voluntad necesarias para adaptar sus puntos de vista a las nuevas realidades?, ¿o prevalecerán los viejos hábitos de pensamiento por la mera fuerza de la inercia mental, sin importar las nuevas experiencias irritantes?

En el debate acerca de la cultura política y la democracia, muchos autores han defendido durante años el punto de vista de que no existe ningún requisito cultural previo, duro e imprescindible, para el establecimiento de la democracia. Más bien, la cultura y las instituciones interactúan. Históricamente, algunas democracias han podido crear, después de su fundación, la infraestructura cultural que necesitan para sobrevivir y florecer (véase, por ejemplo, Diamond, 1994:9). Pueda ser que las normas sean difíciles de

cambiar, pero como la siguiente reconstrucción de confianza en las instituciones electorales revela, por lo menos algunos aspectos cognitivos de la “cultura política” eventualmente son más flexibles de lo que se tiende a suponer.

Los escollos metodológicos

Mientras el estudio de la opinión pública no tenía gran importancia en México hasta finales de 1980, despegó rápidamente en la década de 1990. Sin embargo, las encuestas sobre problemas electorales se han realizado de manera irregular, con poca continuidad y nula coordinación entre las empresas demoscópicas. En consecuencia, resulta difícil, en primer lugar, conseguir todos estos datos dispersos y, en segundo, establecer series de tiempo medianamente inteligibles. Igual que en otros campos de opinión pública, de vez en cuando hay datos sobre fraude electoral que aparecen en los periódicos, revistas o publicaciones académicas. Pero muchas veces son difíciles de evaluar y nunca nos permiten obtener una visión de conjunto, una idea de cómo las respuestas varían en función de las preguntas y cómo los datos actuales se comparan con datos anteriores.

El cuadro 1 (en el apéndice) presenta los resultados de un primer esfuerzo, sin precedente hasta la fecha, de recopilar la información existente sobre la percepción pública del fraude electoral desde 1988. Resume los resultados de 24 estudios a nivel nacional, con 30 preguntas que abordan el tema de la credibilidad electoral de manera directa.³ En el cuadro se trata de ordenar los datos de manera clara, simple y accesible. Sin embargo, la mera cantidad de información, aunada a su naturaleza heterogénea, crea una imagen de desorden, complejo e impenetrable. Un buen cuadro puede leerse y entenderse con una mirada rápida, pero esto no es posible en este caso. Sin embargo, el índice de confianza (IC) que aparece en la última columna del lado derecho, resume una buena cantidad de información.

El índice presenta el “balance de fuerzas” entre las personas que expresan confianza en la limpieza electoral y las que se muestran escépticas. Si la cifra es positiva indica que el primer grupo es más numeroso que el último, mientras un signo negativo indica lo contrario. Una revisión rápida de estas cifras revela que el abismo de desconfianza que se había abierto en

³ Domínguez y McCann (1996) y también McCann y Domínguez (1998) discuten las percepciones de fraude de parte de los mexicanos de manera bastante extensiva. Pero prácticamente no se apoyan en preguntas directas sobre la limpieza de las elecciones. Emplean más bien indicadores indirectos como, por ejemplo, la enumeración de los principales problemas del país; las razones que dan los encuestados acerca del por qué los demás se abstienen de votar; o preguntas sobre la relevancia del voto en general.

1988, ya se había cerrado en 1991. Posteriormente, la confianza popular en las elecciones registró un progreso lento pero sólido, aunque al parecer se cayó estrepitosamente de nuevo después de 1997. Sin embargo, antes de poder revisar los resultados con más detalle, tenemos que aclarar primero algunas cuestiones metodológicas que dañan la validez de algunos de nuestros datos.

Las dicotomías simples

En los últimos años se ha renovado el debate acerca de la naturaleza conceptual de la democracia y el autoritarismo. ¿Qué tan clara es la distinción entre los regímenes democráticos y autoritarios? ¿Es una distinción “cualitativa”, una diferencia de género, que no admite a ninguna categoría intermedia?, ¿o es una distinción “cuantitativa”, una diferencia de grado, que admite puntos intermedios entre sus dos polos ideal-típicos?⁴

De hecho, en muchas transiciones a la democracia (como en México), las elecciones políticas no son ni clínicamente limpias (democráticas) ni totalmente fraudulentas (autoritarias); ocupan, más bien, un punto intermedio entre estos dos extremos. Aun así, y no obstante las dificultades conceptuales, los actores democráticos se esforzarán por trazar una línea divisoria entre las elecciones limpias y las fraudulentas.⁵ Pero en contextos de esta índole, establecer esta distinción no es cuestión de comprobar la presencia o ausencia de actividades fraudulentas sino de evaluar su relevancia. Si esperamos que las elecciones sean inmaculadas, estamos fijando una norma poco realista. Es poco probable que todas las ambigüedades e irregularidades desaparezcan de la noche a la mañana. Siempre habrá algo de fraude, y lo que nos importa ahora es qué tanto fraude y hasta qué punto altera los resultados reales.

Sin embargo algunas encuestas dicotomizan sus preguntas y preguntan al encuestado si califica a las elecciones como limpias o fraudulentas. Se violentan tanto la realidad como a los juicios de valor que los mismos ciudadanos tienen que formular en el mundo electoral. Es muy probable que estas simplificaciones binarias produzcan una imagen distorsionada de las actitudes ciudadanas. En todos los procesos electorales en el México contemporáneo, es inevitable que por lo menos algunas irregularidades ocurran, aunque sean a nivel local, aisladas y no sistemáticas. Es, por lo tanto, poco probable que los votantes, en sus respuestas a cuestionarios de opinión pú-

⁴ Para una revisión sofisticada de este debate, véase Collier y Adcock (1998).

⁵ Para una discusión detallada sobre la difícil medición de elecciones “libres y equitativas”, véase Darnolf y Choe (1997). También Elklit y Svensson (1997).

blica, certifiquen las elecciones como plenamente “limpias”. Más bien es de esperarse que las clasificarán como “sucias” o, si no, se ampararán en el silencio o en la respuesta evasiva del “no sé”.

La mayoría de las declaraciones binarias incluidas en el cuadro 1 concuerda con esta expectativa. Las preguntas 8 y 9, y los puntos 20, 26, y 29 del Latinobarómetro, muestran porcentajes extraordinariamente altos de respuestas desconfiadas, y del tipo “no sabe” (cuando se incluye información acerca de éstas). Las preguntas dicotómicas 10 y 18, al contrario, informan de altos niveles de confianza, en concordancia con los hallazgos de otras encuestas temporales contiguas.⁶ No obstante, me inclino a concluir que las categorías binarias, además de producir información pobre, tienden a producir información distorsionada. Su brocha gorda tiende a borrar las distinciones finas, que son las que importan.

Las categorías intermedias

Dado el limitado valor informativo y de la validez cuestionable de los esquemas binarios de respuesta, la mayoría de las encuestas de hecho ofrecen unas categorías intermedias que permiten escoger entre los extremos de elecciones “limpias” y “sucias”. Desgraciadamente, un buen número de estas categorías intermedias lo son sólo en apariencia. En lugar de ocupar una posición aproximadamente intermedia en el espacio semántico entre los polos, están cerca de, o hasta coinciden con uno de los extremos.

Por ejemplo, las elecciones que son “poco fiables” (punto 25) no ocupan terreno neutral entre elecciones fidedignas y sospechosas. Son básicamente inverosímiles, aun cuando posiblemente algunos de sus resultados se acerquen a la realidad. De la misma manera, las contiendas electorales que son “algo limpias” (punto 24) no son equidistantes entre la limpieza y el fraude. Son esencialmente fraudulentas, aun cuando luzcan algunos puntos loables de pureza. O si no (como en la encuesta 21), si yo creo “poco” en los resultados publicados por los Institutos Federales Electorales, estoy muy cerca de aquellos escépticos que no creen para nada en sus resultados.

Así que, si estas supuestas categorías intermedias se interpretan de manera literal, resulta que no miden sentimientos encontrados sino una desconfianza sin muchas ambigüedades. Sin embargo, las encuestas las presentan como categorías intermedias que supuestamente ofrecen una opción moderada, un terreno quasi-neutral entre las aseveraciones extremas.

⁶ A lo largo de este trabajo, cualquier referencia numerada a “puntos”, “preguntas,” o “afirmaciones” se refiere a los datos incluidos en el cuadro 1 (en el apéndice).

¿Cómo percibirán los encuestados las opciones intermedias que están distorsionadas de esta manera? ¿Qué es lo que están tratando de decir cuando escogen estas categorías? ¿Entienden y apoyan su cercanía semántica a las actitudes escépticas?, ¿o las tratarán como genuinas categorías intermedias que expresan algún juicio moderado sobre la calidad de las elecciones? Es muy difícil decirlo, aunque es evidente que los resultados que las encuestas arrojan son muy diferentes según cada una de estas interpretaciones.

En varios estudios, aproximadamente una quinta parte de los encuestados apoyó categorías intermedias de este tipo. Hace una diferencia grande si contamos sus respuestas como declaraciones ambivalentes o como expresiones de desconfianza. De hecho, modifica nuestro diagnóstico básico acerca de las percepciones prevalecientes de fraude. Por ejemplo si se lee la categoría intermedia de la pregunta 25 —el 18 por ciento dijo que las elecciones de 1997 eran “algo limpias”— como una nota cautelosa de optimismo, podríamos festejar el hecho de que sólo una minoría relativamente pequeña (de una quinta parte del electorado) no creyó en los resultados oficiales. Pero si tomamos el mismo dato como un indicador de desconfianza, la mayoría radiante del 54 por ciento de personas que expresan confianza en las elecciones, de repente parece estrecha y frágil. Ambas interpretaciones son sospechosas de ser arbitrarias y tendenciosas. Por triste que sea pero, dada la ambigüedad de los datos, su lectura de una manera o de otra se revela como cuestión de discreción interpretativa.⁷

La ambigüedad de la limpieza

El diseño deficiente de categorías de respuesta obstaculiza el establecimiento de series de tiempo válidas sobre las percepciones públicas de fraude electoral. La redacción problemática de las preguntas constituye otro obstáculo. La mayoría de las preguntas se plantean en términos de limpieza electoral. Preguntan si el encuestado piensa que las elecciones X fueron o serán “limpias” o su opuesto —“sucias” o “fraudulentas”— o algo que cae entre los dos extremos. Pero esta manera de plantear las cosas, ¿verdaderamente revela (sólo) lo que se supone que debería revelar, a saber, las percepciones de fraude electoral?

El concepto de la “limpieza” electoral parece poco problemático a primera vista. Pero una mirada más detallada revela la amplitud potencial del

⁷ Nótese que los “valores extremos” reportados en el cuadro 1 generalmente excluyen las categorías intermedias, lo cual introduce una cierta distorsión “optimista” a la imagen que presentan.

término, lo cual causa problemas para la validez de los datos. En el discurso político, la idea de elecciones “limpias” a menudo incluye algo más que la ausencia de fraude. Abarca dos dimensiones adicionales: la equidad estructural entre los contendientes y el estilo retórico de las campañas electorales. En este sentido, para que las elecciones puedan calificarse como “limpias”, tienen que ser exentas de manipulaciones del voto; ofrecer condiciones equitativas de competencia y llevarse a cabo en un clima no agresivo donde los candidatos se abstengan de ataques o difamaciones personalizados.

Los representantes de oposición en México han recurrido de manera regular a conceptos amplios de limpieza electoral. A menudo han usado el vocabulario del fraude electoral para denunciar no el fraude, sino las condiciones injustas de competencia entre los partidos. Por ejemplo, algunos dirigentes del Partido de la Revolución Democrática todavía tienden a denunciar el “fraude” electoral cada vez que su partido pierde en las urnas. Cuando se les pide que concreten sus acusaciones, muchas veces responden con referencias a prácticas (supuestamente) sucias y la distribución inequitativa de recursos entre los partidos políticos.⁸

Dos encuestas de julio de 1997 permiten estimar el impacto que la formulación de preguntas puede tener sobre las respuestas. Según el punto 24, sólo una mayoría mínima de 54 por ciento aprobó las elecciones legislativas como “limpias”. En contraste, según la aseveración 25, planteada no en términos de limpieza pero de credibilidad, casi nadie (!) pensó en que los resultados no eran “confiables” y una supermayoría de 70 por ciento evaluó las elecciones como positivas, libres de toda ambigüedad. Como parece, hasta las elecciones confiables pueden no cumplir con la norma higiénica de limpieza.

La relevancia del fraude

Si no todas las preguntas sobre el tema de las elecciones limpias *versus* fraudulentas se refieren claramente a la manipulación del voto, a veces hasta las preguntas que sí se refieren directamente al asunto no dan con el pun-

⁸ Por ejemplo, después de las elecciones municipales de octubre de 1998 en Chiapas, el (entonces) presidente nacional del partido, Andrés Manuel López Obrador, habló de unas “elecciones totalmente fraudulentas” en las cuales “el PRI no convence, trafica votos” (véase “El PRD demandará anular los comicios locales en Chiapas”, *La Crónica*, 6 de octubre de 1998, p. 8). Es decir, el fraude no desaparece, cambia de sentido. Se mantiene con vida (en el discurso político) por medio de operaciones de desplazamiento semántico. “En la actualidad”, como expresó el mismo dirigente en otra ocasión, “el PRI lleva a cabo el fraude de otra manera, ya no se roban las urnas ni falsifican las actas, ahora reparten vales e incluso dinero en efectivo” (*La Jornada*, 22 de febrero de 1999, p. 45).

to medular: la relevancia del fraude. Nos dicen cuántas personas observan o anticipan la presencia de fraude en una elección dada (véase los puntos 1, 8, 9 y 18), pero no nos dicen cuántas personas piensan que la presencia de fraude alterará el resultado de la elección. No nos dicen si el fraude importa o no; si las personas piensan que es sistemático o no, decisivo o no; o si perciben las irregularidades existentes como un asunto político o como un problema en principio técnico.

Igual que en el caso de las categorías intermedias, la formulación precisa importa. Compárense, por ejemplo, las preguntas 9 y 10 del mismo estudio poselectoral de 1991. Mientras que sólo el 11 por ciento de los votantes piensa que no hubo “ningún fraude” en estas elecciones, el 56 por ciento estima que los resultados sí eran “verdaderos”. Por lo visto, la presencia de fraude, cuando se percibe como un hecho de limitada relevancia, no interfiere necesariamente con la credibilidad electoral.

Aparentemente, a los encuestadores de la opinión pública, no les interesa mucho la relevancia concreta del fraude. Sin embargo, los encuestados mismos son perfectamente capaces de formar juicios sofisticados sobre la incidencia de fraude, siempre y cuando tengan la oportunidad de hacerlo. Según la pregunta 7, sólo el 30 por ciento de encuestados pensaba que las elecciones intermedias de 1991 iban a ser “limpias y se respetarían sus resultados”. Sin embargo, el 29 por ciento pensaba que el fraude sería “de poca importancia” y no afectaría los resultados finales; otro 16 por ciento opinaba que habría “algunos fraudes y problemas más serios” que alteraría los resultados en las elecciones locales y estatales que se realizaban al mismo tiempo, pero sin incidir en los resultados a nivel nacional. Sólo el 17 por ciento pensaba que las irregularidades que anticipaban alterarían los resultados nacionales.

Objetos difusos

Todos los datos incluidos en el cuadro 1 se derivan de encuestas a nivel nacional, y la mayoría se refieren explícitamente a las elecciones federales. En la mayoría de los casos les piden a los encuestados que evalúen una elección concreta entre 1988 y 1997: las elecciones presidenciales del sexenio 1988-1994, o las elecciones intermedias de 1991 o 1997. En contraste, una serie de preguntas pide que los encuestados evalúen las elecciones políticas del país en general (preguntas 1, 20 y de la 26 a la 30).

Hoy en día, por lo menos en ciertas áreas, las elecciones locales y estatales siguen siendo mucho más vulnerables a la manipulación del voto que

las contiendas a nivel federal. Por lo tanto, es plausible suponer que las preguntas generales acerca de las elecciones en México susciten respuestas más escépticas que aquellas más específicas que se refieren a las contiendas federales solamente. Acorde con esta hipótesis, todas las preguntas generales incluidas en el cuadro 1 reflejan altos grados de desconfianza, que en muchos casos marcan un severo contraste con los niveles de confianza relativa revelados por otros estudios más específicos que se realizaron aproximadamente en el mismo periodo.

Sin embargo, podríamos preguntarnos hasta qué grado los encuestados realmente perciben esta diferencia en la formulación de preguntas. Las respuestas que dan a preguntas específicas sobre elecciones federales, ¿hasta qué grado no se “contaminan” por su visión sobre la calidad de las elecciones municipales y estatales? Tales efectos de interacción bien podrían estar presentes. Nuestros datos, sin embargo, no permiten determinarlos, pero sí sugieren que, por lo menos en principio, los votantes saben distinguir entre las elecciones municipales, estatales y nacionales. Por ejemplo, en respuesta a la pregunta 7 (que ya mencionamos arriba), más del 15 por ciento de los encuestados calificó a las elecciones nacionales más alto que las elecciones subnacionales. Esto apoya la expectativa optimista de que los ciudadanos, cuando se les pregunta acerca de las elecciones federales, realmente contestan acerca de las elecciones federales.

La información selectiva

Finalmente, un problema metodológico cuyo origen se encuentra no en el diseño sino en la aplicación de las encuestas es el de los informes selectivos. Cuando los autores dan sólo una parte de los datos (como en la aseveración 20, la cual nos da sólo las respuestas positivas, pero no las respuestas negativas ni las categorías “no sabe”), no podemos evaluarlos debidamente. Igual en otros casos, donde los autores solapan algunas categorías de las respuestas y reetiquetan los valores agregados resultantes en sus propias palabras (sin dar las fuentes originales en cuanto la redacción, las categorías y los resultados), no podemos estar seguros de su significado. Por ejemplo, según la encuesta preelectoral de 1991 reportada por McCann y Domínguez (1998:488), el 61 por ciento de los encuestados dijo que las elecciones serían “menos que limpias” (véase también el punto 6 del cuadro 1). Pero ésta no era la pregunta original que se les hizo a los encuestados. Los autores incluyen los datos completos en su trabajo anterior (Domínguez y McCann, 1996:157), lo cual ofrece un cuadro radicalmente diferente, con sólo

un 17 por ciento contestando que el fraude alteraría los resultados (véase el punto 7 en el cuadro 1).⁹

Márgenes de error

Evidentemente, las encuestas existentes sobre percepciones de fraude no solamente se distinguen en su estructura semántica. Varían enormemente también en su diseño técnico. Quisiera destacar tres problemas. Primero, el tamaño de las muestras oscila entre 300 y 5 000 entrevistas, lo que naturalmente implica una gran variación en sus márgenes estadísticos de error. Segundo, todas las encuestas se basan en muestras aleatorias. Pero sus técnicas de conformación de muestras varían drásticamente. A veces se trata de muestras sofisticadamente estratificadas, otras veces los reportes disponibles ni informan sobre sus estrategias respectivas. Por tanto, es muy difícil estimar y comparar la representatividad y por tanto, la confiabilidad de los resultados. Tercero, el tema del fraude electoral puede suscitar respuestas insinceras. Si el entrevistador se percibe como agente oficial o si no hay confianza en la confidencialidad de la entrevista, el temor (o la simple prudencia) pueden llevar a los entrevistados a disimular sus percepciones de fraude. A la inversa, si quien expresa confianza en las elecciones se hace sospechoso, sea de ingenuo o de oficialista, los encuestados serán más proclives en declararse escépticos.

Por lo menos un instituto de sondeo (Gallup) toma el problema en cuenta y a veces emplea la técnica del "voto secreto" en sus preguntas referidas al fraude electoral (el encuestado da su respuesta por escrito en una boleta que luego deposita en una urna). Para controlar los efectos de interacción (*interviewer effects*), una de las encuestas incluidas en el cuadro 1 (pregunta 22) hasta recurrió al envío de cuestionarios desde el exterior (Estados Unidos). Este estudio, efectivamente, arroja resultados fuera de serie. Muestra un nivel mucho más alto de desconfianza en el proceso electoral de 1997 que las demás encuestas.

Posiblemente, es el resultado de respuestas más sinceras. Pero más plausiblemente, no es la extraterritorialidad del entrevistador sino la formulación concreta de la pregunta la que mejor explica el dato. El sondeo no pregunta por las percepciones propias del entrevistado sino más bien por sus percepciones de segundo orden, por como piensa que otros lo hacen del

⁹ Valga la aclaración que los autores agregaron los datos (en su texto de 1998) por razones prácticas. Los querían comparar con datos más recientes que sin embargo ya no mantuvieron el mismo nivel de diferenciación (comunicación personal de James A. McCann).

fraude electoral. Y muy bien puede ser que un entrevistado no espera que habrá un gran fraude, pero ve que otros no comparten su optimismo. Por lo tanto, puede contestar que sí, que mientras él está tranquilo sí “se espera” —de parte de la oposición, de su vecino, de la prensa local o quien sea— que habrá mucho fraude.

La erosión de la desconfianza

Después de enumerar todas estas advertencias metodológicas, ahora podemos proceder a revisar la sustancia de los datos para ver qué nos dicen acerca de la evolución de la credibilidad electoral desde 1988. Las reformas electorales de 1990, ¿alcanzaron su objetivo primordial de generar confianza en el proceso electoral? A pesar de todas las ambigüedades de algunos de nuestros datos, el cuadro general es claramente positivo. Por lo menos de 1988 a 1997, observamos una reducción sostenida en percepciones de fraude en elecciones federales —aun cuando las elecciones presidenciales del año 2000 eventualmente podrían resucitar viejos miedos de fraude—. Pero mejor analicemos los datos año por año con más detalle (agregando en cada caso algunas conjeturas explicativas).

1988: la cúspide de la desconfianza

Durante las décadas de su hegemonía autoritaria, el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) estaba dispuesto (y se sabía que siempre lo estaba) a acudir al fraude electoral —fuera para modificar los resultados electorales en su favor, desalentar competidores potenciales, o mantener los partidos de oposición fuera del poder. De cualquier modo no fue sino hasta mediados de los ochenta que el fraude electoral se convirtió en un mecanismo regular para decidir contiendas electorales (véase, por ejemplo, Gómez Tagle, 1994). Fue apenas en esa década que los partidos de oposición —primero el PAN y más tarde también el PRD— poco a poco llegaron a adquirir la capacidad de desafiar al PRI en las urnas, al mismo tiempo que los conflictos poselectorales, a menudo pacíficos y a veces violentos, se convirtieron también en un fenómeno recurrente.

Las elecciones presidenciales de 1988 encajaron perfectamente en la lógica del incremento del fraude como respuesta a la nueva competitividad del sistema partidista. Probablemente no sería una exageración decir que

las elecciones de 1988 representaron “la violación más notoria de las normas de elecciones libres y justas en el México moderno” (Eisenstadt, 1999:84). En consecuencia, la desconfianza histórica de los partidos de oposición hacia las elecciones creció en proporciones monumentales y el amplio “vacío de credibilidad” que se abrió parecía insuperable.

Antes y después de esta conflictiva contienda presidencial, la desconfianza alcanza alturas impresionantes. Como revela la primera pregunta del cuadro 1, en el mes anterior a este parteaguas electoral casi nadie creía que las elecciones políticas en México estaban libres del fraude.¹⁰ Después de las elecciones, sólo alrededor de una quinta parte del electorado tenía la certidumbre de que el ganador oficial, Carlos Salinas de Gortari, realmente había ganado la contienda; aproximadamente una tercera parte creía que operaciones de fraude podrían haber alterado los resultados, mientras que otra tercera parte estaba convencida de que eso había sucedido realmente (véase punto 2). Todavía en 1991, más que la mitad de encuestados declaró, en retrospectiva, que no se había respetado el veredicto popular (punto 3). El IC, nuestro índice de confianza que mide la “correlación de fuerzas” entre los ciudadanos que tienen confianza y aquellos que están incrédulos ante las elecciones, mostraba signos negativos de manera clara y consistente; los escépticos rebasaban a los portadores de confianza de manera abrumadora (de 30 a 50 por ciento).

La mayoría de observadores estaría de acuerdo en que en 1988 la percepción pública de un fraude generalizado no era el resultado de alguna tendencia inherente, ya sea cultural o psicológica, de desconfianza en las instituciones públicas. Más bien reflejó una evaluación realista de cómo la administración electoral funcionaba en México en ese tiempo —como una maquinaria de fraude bien lubricada y subordinada al hegemónico partido del Estado, el PRI.¹¹

1991: La recuperación sorprendente

Las elecciones legislativas de agosto de 1991 no sólo trajeron una recuperación sorprendente del partido oficial, sino también una restauración de confianza en las elecciones. En encuestas llevadas a cabo tanto antes como después de la contienda, la credibilidad de las elecciones federales dio un

¹⁰ La pregunta, hecha en junio de 1988, se refiere a las elecciones en general. Pero dada la competencia intensa entre los partidos y el resultante clima de expectativas que suscitaba la campaña presidencial de 1988, parece razonable interpretar las respuestas como expresiones de opinión acerca de las inminentes elecciones federales del 6 de julio.

¹¹ Sobre las elecciones de 1988, véase, por ejemplo, Gómez Tagle (1989), Molinar (1991) y Smith (1989).

gran salto hacia adelante. Mientras en 1988 más de dos tercios de los encuestados creían que el fraude electoral posiblemente determinaría los resultados electorales, en 1991 este porcentaje bajó a menos de un tercio, según la totalidad de las encuestas. De esta manera, los escépticos perdieron su mayoría aplastante y se convirtieron en un grupo minoritario. Nuestros índices de confianza empiezan a arrojar saldos positivos y, además, reportan mayorías asombrosas de población que sienten confianza en comparación con la población desconfiada. Según unos estudios, los encuestados que esperaban que las elecciones fueran básicamente limpias —percibiéndolas retrospectivamente como tal— rebasaron a aquellos que esperaban o percibían que fueran fraudulentas por más de 50 por ciento (puntos 7 y 11).

Las preguntas 6, 8 y 9 son excepciones que aparentemente contradicen lo ganado en el terreno de la confianza. Sin embargo, el origen poco claro de la primera (véase *supra* la sección sobre “información selectiva”) y la redacción desacertada de los otros dos (*ibid.*, las secciones sobre “dicotomías simples” y “la relevancia del fraude”), sugieren que las figuras excepcionales que muestran podrían ser artefactos metodológicos.

Curiosamente, la percepción positiva de las elecciones de 1991 también tuvo, como parece, un efecto que embellecía la memoria de las elecciones de 1988. Como muestra nuestro cuadro, respecto a la contienda de 1988, la “distancia de mayoría” (*majority distance*) entre los escépticos y los que otorgaban credibilidad a las elecciones ya había caído de 50 a 30 por ciento desde el estudio preelectoral de junio de 1988 al realizado en agosto de 1991 (pregunta 3). Aún así, sólo unas semanas después, en la encuesta poselectoral de septiembre de 1991, la evaluación retrospectiva del proceso electoral de 1988 había mejorado aún más, y de manera drástica. A estas alturas, sólo una tercera parte del electorado mantenía su escepticismo hacia las elecciones de 1988; otro tercio se había vuelto agnóstico (pregunta 4). Según parece, la impresión favorable que las elecciones de 1991 causó en los ciudadanos desdibujó su recuerdo del proceso electoral anterior.

¿Cómo podemos explicar la revaloración por parte de los ciudadanos del proceso electoral entre 1988 y 1991? Va en contra de lo que sugiere la intuición si recordamos que en el mismo periodo el país experimentó una serie de conflictos poselectorales dramáticos y a menudo violentos, a nivel local y estatal. A nivel nacional, sin embargo, es probable que dos factores cruciales hayan aumentado la credibilidad del proceso electoral: *a*) la popularidad personal que gozaba el presidente Salinas en ese momento, y *b*) la reforma electoral de 1990 cuyas innovaciones (insuficientes pero no obstante significativas) incluyeron una ley nueva, una organización nueva para la administración de las elecciones (el IFE), un nuevo padrón de electores y nuevas credenciales de elector.

1994: Progreso sostenido

Durante 1993 y hasta la primavera de 1994, los estudios muestran un electorado que está dividido en dos partes iguales entre los portadores de confianza y desconfianza institucional. Con el IC marcando cerca de cero, los escépticos parecieron haber ganado un poco de terreno en comparación con el periodo anterior. Mientras en las postrimerías inmediatas de las elecciones de 1991, el 55 por ciento de los encuestados había descrito a esas elecciones como “limpias” o “muy limpias” (punto 12), a principios de 1993 sólo el 38 por ciento anticipaba que las elecciones presidenciales de 1994 alcanzarían ese estándar (punto 13). Puesto que hay más en juego en las elecciones presidenciales que en las elecciones legislativas, pareciera natural que los votantes adoptaran expectativas más cautelosas acerca de su carácter democrático.

Sin embargo, en las semanas inmediatamente anteriores y posteriores a las elecciones de 1994, los niveles de confianza subieron de nuevo hasta alcanzar niveles superiores al punto alto alcanzado en 1991. Según una encuesta preelectoral, por ejemplo, el 52 por ciento de los encuestados anticipó que se respetaría la decisión de los ciudadanos, mientras sólo el 42 por ciento opinaba así en 1991 (puntos 5 y 17). Por otro lado, en una encuesta pos-electoral, 55 por ciento opinó que la elección había sido libre de fraude mientras sólo 11 por ciento había expresado la misma opinión en 1991 (compráense los puntos 9 y 18). Como en casos similares que se discuten arriba, se puede considerar que los puntos 16 y 20 constituyen excepciones algo dudosas y artificiales, puesto que la información que suministran es solamente parcial (como lo analizamos anteriormente).

1994 fue el *annus horribilis* de México. Aun así, sus eventos más perturbadores, la rebelión zapatista en Chiapas y el asesinato del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, tuvieron por lo menos un efecto secundario benéfico: las élites políticas se unificaron momentáneamente alrededor de una meta común —la necesidad de asegurar la estabilidad política y, como parte de la misma, la legitimidad de las elecciones presidenciales de ese año. La consecuente ronda de negociaciones dio por resultado un paquete de reformas electorales que empujó a México a través del umbral de la democracia electoral.¹² Según muchos observadores tanto políticos como académicos (incluyendo al autor de estas líneas), la contienda electoral de 1994 puede considerarse una elección básicamente limpia, en la cual se

¹² Sobre las elecciones de 1991, véase Gómez Tagle (1993) y Sánchez Gutiérrez (1992). Para un intento de calcular la incidencia de fraude en 1991, Domínguez y McCann (1996:164-70). Sobre las reformas que precedieron estas elecciones, Woldenberg (1990).

registraron irregularidades todavía pero sin que éstas hayan afectado el resultado básico. En todo caso, representaron adelantos muy significativos y no debemos sorprendernos al verlos traducidos en niveles de confianza popular más altos.

1997: La elección creíble

En 1995 y 1996, los primeros dos años de la administración de Ernesto Zedillo (1994-2000), los partidos políticos negociaron una ronda más de reformas electorales, las que esta vez se suponía que iban a ser “definitivas”. Las elecciones legislativas de 1997 constituían la primera prueba para el marco institucional surgido de las reformas. Como es bien sabido, en estas elecciones el antiguo partido hegemónico perdió su mayoría en la Cámara de Diputados por primera vez en sus cerca de 70 años de existencia, y el “acuerdo general es que el proceso electoral fue básicamente justo y transparente” (Blum, 1997:28).¹³ Se puede suponer que tanto la organización limpia de la contienda como los cambios en la Cámara de Diputados inyectaron una buena dosis adicional de credibilidad en el proceso electoral.

Los datos corroboran esta expectativa hasta cierto punto. Los estudios registran una disminución en los pronósticos de fraude antes de las elecciones del 6 de julio de 1997, además de una evaluación poselectoral relativamente favorable. Pero los cambios distan mucho de ser espectaculares. Por ejemplo la pregunta 23 muestra un aumento de sólo ocho puntos en el porcentaje de ciudadanos que sienten confianza en las elecciones (en comparación con el punto 17 de 1994), mientras que la pregunta 24 indica una disminución de sólo 2 puntos en el porcentaje de ciudadanos sin confianza en las elecciones (en comparación con el punto 19 de 1994). Sólo el estudio poselectoral llevado a cabo por el IFE refleja algo de un cambio cualitativo. Según este estudio (cuya pregunta expresa sobre la credibilidad electoral me parece muy acertada en términos de validez), casi nadie pensó que los resultados oficiales no fueran confiables (véase punto 25). El índice de confianza correspondiente, de 67 puntos porcentuales, sobrepasa todos los registrados previamente en el cuadro 1, y justifica calificar estas elecciones como creíbles en términos generales.

¹³ Véase, por ejemplo, Aguirre *et al.* (1995), Pascual Moncayo (1995), Pérez Fernández del Castillo *et al.* (1995) y Peschard (1994).

2000: ¿El resurgimiento de la desconfianza?

Si las series de tiempo (desiguales) de datos de la opinión pública presentados en este punto se detuvieran poco después de las elecciones de 1997, la historia que cuentan constituiría una innegable historia de éxito —un romance en el que una combinación afortunada de ingeniería y práctica institucional lograron fuertes expectativas históricas de fraude electoral.

Pero, desgraciadamente (para mi argumento, pero también para la vida política), las encuestas subsecuentes incluidas en el cuadro 1, que ya están enfocadas hacia las próximas elecciones presidenciales del año 2000,¹⁴ suscitan ciertas dudas acerca de la narrativa sencilla de progreso lineal. Según estas cinco encuestas a nivel nacional, que se realizaron entre el otoño de 1997 y diciembre de 1998, los escépticos han ganado la ventaja de nuevo y ahora disfrutan de mayorías casi tan amplias como en 1988, el año dorado de la desconfianza electoral. Las preguntas 28 y 30, por ejemplo, indican que el porcentaje de ciudadanos con confianza en las elecciones es más bajo en la actualidad que en cualquier otro momento desde 1988 (con la excepción de las cuestionables preguntas 9 y 20), mientras que la proporción de encuestados escépticos es más alta que cualquier otro momento desde 1988 (con la excepción de la cuestionable pregunta 6). Sobra decir que según las cinco encuestas, el índice de confianza cambia de señal y muestra mayoría de ciudadanos sin confianza en las elecciones que van desde grandes a aplastantes.

¿Qué tan sólidos son estos resultados? La verdad tiendo a creer que se trata primero de artefactos metodológicos. Tres de las cinco encuestas son estudios con muestras muy pequeñas (con márgenes relativamente altos de error) y se basan en entrevistas telefónicas que tienden a introducir ciertas distorsiones en la muestra. Luego, las preguntas del Latinobarómetro son dicotómicas en su estructura (lo que tiende a inflar las percepciones de fraude). Pero de mayor importancia, las cinco encuestas plantean preguntas generales; no preguntan por elecciones federales en específico, sino por “las elecciones en México” en general. Como argumentamos arriba, dados los problemas persistentes a nivel local, es muy razonable que las encuestas que plantean el problema del fraude electoral “en términos generales”, de manera sistemática arrojen cifras considerablemente más altas de desconfianza.¹⁵

¹⁴ Véase también, por ejemplo, Bailey y Valenzuela (1997), Becerra (1997), Crespo (1997) y Lawson (1997).

¹⁵ Tres de las encuestas tienen como su interés principal las intenciones del voto para el año 2000 (dentro del universo de precandidatos presidenciales conocidos). En los otros dos estudios (de Latinobarómetro), el marco de referencia se mantiene más implícito. Pero dada la importancia primordial que las elecciones

De todos modos, las cifras constituyen un llamado de atención. Indican la posibilidad real de que frente a las próximas elecciones presidenciales, los viejos temores del fraude podrían salir a la luz del día de nuevo, no sólo en el nivel de la élite, sino también entre los ciudadanos comunes. Varios factores se conjugan para que los ciudadanos puedan volver a una actitud más cauta, más escéptica, hacia las elecciones federales: la “madre de todas las elecciones” en el año 2000. Las apuestas son muy altas y la nueva competitividad del sistema de partidos eleva también los niveles de incertidumbre. Además, los conflictos poselectorales más recientes, de los primeros meses de 1999 (en las elecciones reñidas a gobernador en Guerrero y las anuladas a presidente nacional del PRD), nos indican el fuerte potencial de conflicto que la organización de elecciones tiene todavía en la joven democracia mexicana. En suma, nos quedamos con la advertencia de que los adelantos en la credibilidad electoral entre 1988 y 1997 representan un logro significativo, pero también un logro frágil, condicional y potencialmente reversible.

Conclusión

Como los datos de opinión pública indican, los ciudadanos mexicanos no se han sumergido en la famosa “cultura de la desconfianza”, supuestamente autosostenida e impenetrable por experiencias externas. Al contrario, sus expectativas y percepciones de fraude electoral han mejorado a un ritmo aproximadamente paralelo a las mejoras reales en la administración de las elecciones (es decir, han cambiado de una manera que se aprecia como “realista” —de acuerdo con el diagnóstico según el cual las sucesivas reformas electorales lograron transformar la administración electoral de una maquinaria de fraude a una garante de limpieza electoral).

La relativa flexibilidad de las evaluaciones institucionales resta fuerza a la idea de que la confianza ciudadana en las instituciones políticas esté fundamentalmente determinada por el largo plazo. La historia pesa, pero no es destino. Cuando las estructuras y prácticas institucionales cambian, cambian también, al parecer, las evaluaciones subjetivas de las instituciones. Además, la dinámica de la opinión pública también apoya la idea de que la “cultura política” no es completamente externa a las instituciones democráticas y que, al contrario, éstas tienen una cierta capacidad propia de alentar las normas y creencias democráticas.

del año 2000 han adquirido en la política mexicana desde por lo menos tres años antes, parece bastante claro que, a estas alturas, cualquier pregunta general sobre limpieza electoral tendrá como su punto de referencia natural las elecciones del 2000.

En términos prácticos, nuestro análisis sugiere que las encuestas de opinión sobre la credibilidad de las elecciones podrían llevarse a cabo con mucho más cuidado metodológico. Es evidente que un mayor esfuerzo por construir bases de datos menos heterogéneos y más accesibles sería bastante benéfico. Además, los cuestionarios deberían diseñarse de tal manera que tomaran en serio a los ciudadanos. Como indica nuestro análisis, si las preguntas que hacemos no son razonables, pertinentes, realistas, precisas y sofisticadas, las respuestas que recibimos tampoco lo serán.

En términos académicos, el esfuerzo por reconstruir las tendencias empíricas en la percepción de fraude descubrió, sobre todo, cuánto queda todavía por hacerse en este campo. De hecho, es un campo sumamente amplio, promisorio y muy poco explorado. Futuras investigaciones podrían avanzar en cuatro direcciones: 1) la profundización del análisis de datos agregados de opinión pública, incluyendo una contextualización más precisa y el estudio de indicadores indirectos de credibilidad electoral; 2) el análisis micro-lógico de patrones individuales de confianza y desconfianza; 3) el análisis comparativo a nivel subnacional, y 4) el análisis comparativo a nivel internacional. Vale la pena reiterar que los cuatro son territorios prácticamente vírgenes que ofrecen excelentes oportunidades de empleo al cartógrafo del fraude y de las percepciones de fraude.

** Texto traducido del inglés de Tim Edwards.*

recibido en marzo de 1999

aceptado en abril de 1999.

Bibliografía

- AGUIRRE, Pedro *et al.*, *Una reforma electoral para la democracia: argumentos para el consenso*, México, Instituto de Estudios para la Transición Democrática, 1995.
- BAILEY, John y Arturo Valenzuela, "Mexico's New Politics: The Shape of the Future", *Journal of Democracy*, núm. 4, vol. 8, octubre de 1997, pp. 43-57.
- BECERRA CHÁVEZ, Pablo Javier, "Las elecciones y la transición", *Metapolítica*, núm. 4, vol. 1, octubre-diciembre de 1997, pp. 660-666.
- BELTRÁN, Ulises, "Encuesta Nacional sobre el votante mexicano: primeros resultados", *Política y Gobierno*, núm. 2, vol. 4, México, 1997, pp. 407-467.
- BLUM, Roberto E., "Mexico's New Politics: The Weight of the Past", *Journal of Democracy*, núm. 4, vol. 8, octubre de 1997, pp. 28-42.

- COLLIER, David y Robert Adcock, "Democracy and Dichotomies: Concept Formation and the Qualitative-Quantitative Disputation", ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24-26 de septiembre de 1998.
- CRESPO, José Antonio, "Balance electoral de 1997", *Metapolítica*, núm. 4, vol. 1, octubre-diciembre de 1997, pp. 657-660.
- DARNOLF, Staffan y Yonhyok Choe, "Free and Fair Elections: What Do We Mean and How Can We Measure Them?", ponencia presentada en el XVII Congreso Mundial de la International Political Science Association (IPSA), Seúl, 18-21 de agosto de 1997.
- DIAMOND, Larry, "Introduction: Political Culture and Democracy", en Larry Diamond (ed.), *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 1994, pp. 1-27.
- DOMÍNGUEZ, Jorge y James A. McCann, *Democratizing Mexico: Public Opinion and Electoral Choices*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1996.
- EISENSTADT, Todd A., "Courting Democracy: Party Strategies, Electoral Institution-Building, and Political Opening-Mexico in Comparative Perspective", tesis doctoral, La Jolla, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, Universidad de California, 1998.
- , "Off the Streets and into the Courtrooms: Resolving Postelectoral Conflicts in Mexico", en *The Self-Restraining State: Power and Accountability in New Democracies*, Andreas Schedler, Larry Diamond, y Marc F. Plattner (eds.), Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 1999, pp. 83-103.
- ELKLIT, Jørgen y Palle Svensson, "What Makes Elections Free and Fair?", *Journal of Democracy*, núm. 3, vol. 8, julio de 1997, pp. 32-46.
- FUKUYAMA, Francis, *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*, Nueva York, Free Press, 1995.
- GÓMEZ TAGLE, Silvia, "La dificultad de perder: El partido oficial en la conyuntura de 1988", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, vol. 51, octubre-diciembre de 1989, pp. 239-260.
- , *Las elecciones de 1991: la recuperación oficial*, México, La Jornada Ediciones y GV Editores, 1993.
- , *De la alquimia al fraude en las elecciones mexicanas*, México, GV Editores, 1994.
- LAWSON, Chappell, "Mexico's New Politics: The Elections of 1997", *Journal of Democracy*, núm. 4, vol. 8, octubre de 1997, pp. 13-27.
- MCCANN, James A. y Jorge Domínguez, "Mexicans React to Electoral Fraud and Political Corruption: an Assessment of Public Opinion and Voting Behavior", *Electoral Studies*, núm. 4, vol. 17, 1998, pp. 483-503.

- MOLINA, José y Janeth Hernández, "La credibilidad de las elecciones latinoamericanas y sus factores", ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24-26 de septiembre de 1998.
- MOLINAR HORCASITAS, Juan, *El tiempo de legitimidad: elecciones, autoritarismo y democracia en México*, México, Cal y Arena, 1991.
- PASCUAL MONCAYO, Pablo (ed.), *Las elecciones de 1994*, México, Cal y Arena, 1995.
- PÉREZ FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Germán; Arturo Alvarado y Arturo Sánchez Gutiérrez (eds.), *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, FLACSO y Miguel Ángel Porrúa, 1995.
- PESCHARD, Jacqueline, "México 1994: un nuevo marco electoral para la elección presidencial", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 5, vol. 3, 1994, pp. 105-129.
- PUTNAM, Robert D., *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- SÁNCHEZ GUTIÉRREZ, Arturo (ed.), *Las elecciones de Salinas: un balance crítico a 1991*, México, FLACSO y Plaza y Valdés, 1992.
- SCHEDLER, Andreas, "A Brief History of Electoral Reforms in Mexico", manuscrito inédito, Viena, Instituto de Estudios Avanzados, 1997.
- SMITH, Peter, "The 1988 Presidential Succession in Historical Perspective", en Wayne A. Cornelius, Judith Gentleman y Peter H. Smith (eds.), *Mexico's Alternative Futures*, La Jolla, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, Universidad de California, pp. 391-415.
- WOLDENBERG, José, "La reforma electoral 1989-1990", México, Instituto de Estudios para la Transición Democrática, 1990, Cuaderno 5.



Cuadro 1
PERCEPCIONES DE FRAUDE ELECTORAL EN MÉXICO,
ENCUESTAS NACIONALES DE OPINIÓN PÚBLICA, 1988-1998

No.	Fecha	Preguntas de cuestionario	++	+	0	-	—	VE	IC
Elecciones federales 1988									
1	Junio 1988	En las elecciones mexicanas, no hay fraude/hay algo de fraude/el fraude es común. ¹	08		26		59	08/59	-51
2	1989	En la elección de 1988 el PRI ganó/quién sabe/no ganó. ²	23			32	36	23/68	-45
3	Julio 1991	En 1988, el voto se respetó definitivamente/se respetó/se respetó regularmente/no se respetó/definitivamente no se respetó. ³	03	20	05	41	12	23/53	-30
4	Agosto 1991	Las elecciones de 1988 fueron muy limpias/limpias/no sabe/sucias/muy sucias. ⁴	04	30	33	23	08	34/31	3
Elecciones federales 1991									
5	Julio 1991	En la próxima elección el voto se respetará definitivamente/se respetará/se respetará regularmente/no se respetará/definitivamente no se respetará. ⁵	03	39	09	24	08	42/32	10

Notas: Para encuestas preelectorales, la enumeración es subrayada; para encuestas poselectorales, los números son regulares. La mayoría de los porcentajes no se suma a 100, dado que la tabla normalmente no reporta las categorías "no sabe" y "no contestó".

VE = *Valores Extremos*: Las cifras normalmente suman las respuestas positivas (limpieza electoral) y las negativas (fraude electoral), dejando de lado las categorías intermedias. Solamente en un caso (punto 2) la formulación de la cuestión justifica contabilizar la categoría intermedia como negativa y en otro caso (punto 7) como positiva.

IC = *Índice de confianza*: Los valores negativos se substraen de los positivos (siguiendo la clasificación de la columna anterior). El índice muestra una suerte de "correlación de fuerzas" entre los ciudadanos con y sin confianza en la limpieza de las elecciones.

Fuentes:

¹ Consultores 21, encuesta nacional (n = 1397). Datos citados en McCann y Domínguez, 1996:157.

² Centro de Estudios de Opinión Pública (CEOP), "Encuesta Nacional 1989 Los Angeles Times", (n = 487). Fecha precisa no reportada. Disponible en Market and Opinion Research International (MORI), México, Concepción Beistegui 515, Col. del Valle, Delg. Benito Juárez, CP 03100, México, D.F., México, tel. 5-687-9728.

³ CEOP, "Encuesta Nacional Este País" (n = 1606). Disponible en MORI, México (véase nota 2).

⁴ Asesoría Técnica a la Presidencia de la República, "Ambiente federal electoral: encuesta nacional preelectoral" (n = 5000). Disponible en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), c/o Gabriela Davignau, Carretera México-Toluca 3655, Col. Lomas de Santa Fe, Delg. Álvaro Obregón, CP 01210, México, D.F., México, tel. 5-727-9800.

⁵ CEOP, *ibid.* (véase nota 3).

Cuadro 1
(CONTINUACIÓN)

No.	Fecha	Preguntas de cuestionario	++	+	0	-	—	VE	IC
6	Julio 1991	Las próximas elecciones federales serán menos que limpias. ⁶					61	xx/61	
7	Julio 1991	Las próximas elecciones federales serán limpias/habrán algunos fraudes que no afectarán los resultados/habrán fraudes serios que alterarán algunos resultados locales o estatales, pero no a nivel nacional/habrán grandes fraudes y los resultados finales serán un verdadero engaño a todos los niveles. ⁷	30	29	16		17	75/17	58
8	Ago. 1991	En las próximas elecciones no habrá fraude/no sabe/habrán fraude. ⁸	39		24		36	39/36	3
9	Sep. 1991	En las pasadas elecciones federales no hubo fraude/no sabe/sí hubo fraude. ⁹	11		33		54	11/54	-43
10	Sep. 1991	Los resultados oficiales de las pasadas elecciones federales son verdaderos/no sabe/no son verdaderos. ¹⁰	56		22		19	56/19	37
11	Sep. 1991	Las pasadas elecciones federales fueron muy limpias/limpias/no sabe/sucias/muy sucias. ¹¹	10	59	14	12	02	69/14	55
12	Sep. 1991	Las elecciones federales pasadas fueron muy limpias/algo limpias/algo sucias/muy sucias. ¹²	14	41		19	11	55/30	25
Elecciones federales 1994									
13	Feb. 1993	Las elecciones de 1994 serán muy limpias/limpias/ni uno ni otro/fraudulentas/muy fraudulentas. ¹³	05	33	10	34	07	38/41	-3

⁶ Gallup México, encuesta preelectoral 1991 (n = 3053). Formulación y categorías originales no reportadas. Datos citados en McCann y Domínguez, 1998:488.

⁷ Gallup México, encuesta preelectoral 1991 (n = 3053). Datos citados en McCann and Domínguez, 1996:157 (formulación original proporcionada por James McCann, comunicación personal).

⁸ Asesoría Técnica de la Presidencia de la República, *ibid.* (véase nota 4).

⁹ Asesoría Técnica de la Presidencia de la República, "Ambiente federal electoral: encuesta poselectoral nacional" (n=5000). Disponible en CIDE.

¹⁰ Asesoría Técnica, *ibid.*

¹¹ Asesoría Técnica, *ibid.*

¹² CEOP, "Encuesta Nacional Los Angeles Times" (n = 1534). Disponible en MORI, México (véase nota 2).

¹³ MORI de México, "Encuesta Nacional Excelsior-Este País" (n = 1451). Disponible en MORI México (véase nota 2).

Cuadro 1
(CONTINUACIÓN)

No.	Fecha	Preguntas de cuestionario	++	+	0	-	—	VE	IC
14	Oct. 1993	Las elecciones presidenciales de 1994 serán limpias/ni uno ni otro/fraudulentas. ¹⁴	45		08		37	45/37	8
15	Mayo 1994	En las próximas elecciones federales, el PRI o el gobierno no puede alterar los resultados a su favor/no sabe/sí puede. ¹⁵	43		15		41	43/41	2
16	Julio 1994	Las próximas elecciones federales serán menos que limpias. ¹⁶					47	xx/47	
17	Julio 1994	En las próximas elecciones el voto se respetará definitivamente/se respetará/ni sí ni no/no se respetará/definitivamente no se respetará. ¹⁷	10	42	17	15	09	52/24	28
18	Sep. 1994	En las pasadas elecciones federales, no hubo fraude/no sabe/sí hubo fraude. ¹⁸	55		14		29	55/29	26
19	Sep. 1994	Las pasadas elecciones federales fueron muy limpias/limpias/no sabe/sucias/muy sucias. ¹⁹	6	56	10	21	03	62/24	38
20	1995	En términos generales, las elecciones en México son limpias/fraudulentas. ²⁰	12					12/xx	
21	Feb. 1996	Creo mucho/poco/nada en los resultados que da el IFE. ²¹	51		34		07	51/07	44
Elecciones federales 1997									
22	Abril 1997	Se espera mucho fraude electoral en las próximas elecciones federales: en desacuerdo/algo en desacuerdo/algo de acuerdo/de acuerdo. ²²	24	09		18	17	33/35	-2

¹⁴ MORI de México, "Encuesta Bendixen" (n = 1224). Disponible en MORI, México (véase nota 2).

¹⁵ Asesoría Técnica de la Presidencia de la República, "Ambiente federal electoral: campaña, medios, IFE" (n = 5000). Disponible en CIDE (véase nota 4).

¹⁶ Ciencia Aplicada, encuesta preelectoral 1994 (n = 1526). Formulación y categorías originales no reportadas. Datos citados en McCann y Domínguez, 1998:488.

¹⁷ MORI de México, "Encuesta Nacional Excelsior-Este País" (n = 2896). Disponible en MORI México (véase nota 2).

¹⁸ Asesoría Técnica de la Presidencia de la República, "Ambiente federal electoral: proceso electoral del 21 de agosto" (n = 5000). Disponible en CIDE (véase nota 4).

¹⁹ Asesoría Técnica, *ibid.*

²⁰ Latinobarómetro 1995 (tamaño de la muestra no reportada). Fecha precisa no reportada. Datos citados en Molina y Hernández, 1998:25.

²¹ Instituto Federal Electoral, "La reforma electoral y su contexto sociocultural" (n = 3505). Encuesta reportada en Instituto Federal Electoral, 1996:140.

²² James McCann (Purdue University, West Lafayette, Indiana) y Germán Pliego (Universidad de St. Thomas, St. Paul, Minnesota), encuesta preelectoral (n = 307). Entrevistas por correo internacional. Disponible con los autores del estudio (mccann@polsci.purdue.edu o gpliego@stthomas.edu).

Cuadro 1
(CONTINUACIÓN)

No.	Fecha	Preguntas de cuestionario	++	+	0	-	—	VE	IC
<u>23</u>	Junio 1997	In the upcoming elections, the vote will be definitively respected/respected/regularly respected/not/definitively not respected. ²³	13	47	19	18	03	60/21	39
<u>24</u>	Julio 1997	Las pasadas elecciones federales fueron limpias/algo limpias/no limpias. ²⁴	54		18		22	54/22	32
<u>25</u>	Julio 1997	Los resultados de las pasadas elecciones federales fueron muy confiables/poco confiables/nada confiables. ²⁵	70		22		03	70/03	67
Elecciones federales 2000									
<u>26</u>	1997	En términos generales, las elecciones en México son limpias/fraudulentas.	39				55	39/55	-16
<u>27</u>	Dic. 1997	Las elecciones en México ya son limpias/en parte/no. ²⁷	30		23		47	30/47	-17
<u>28</u>	Ago. 1998	Las elecciones en México ya son limpias/en parte/no. ²⁸	18		27		55	18/55	-37
<u>29</u>	1998	En términos generales, las elecciones en México son limpias/fraudulentas. ²⁹	28				68	28/68	-40
<u>30</u>	Dic. 1998	Las elecciones en México ya son limpias/en parte/no. ³⁰	19		27		55	19/55	-36

²³ Alduncin y Asociados y *El Universal*, "Encuesta elecciones federales 1997" (n = 1260). Entrevistas en calle, muestreo aleatorio estratificado. Disponible en Alduncin y Asociados, Montaña de Auseva 40, Col. Jardines en la Montaña, Delg. Tlalpan, CP 14210 México, D.F., México, tel. 5-630-1942.

²⁴ Centro de Estudios y Docencia Económicas y Asesoría Técnica de la Presidencia de la República, "Encuesta nacional sobre el votante mexicano" (n = 2050). Encuesta reportada en Beltrán, 1997:424.

²⁵ Instituto Federal Electoral, "Evaluación poselectoral del proceso electoral federal de 1997 y de la imagen del IFE" (n = 1640). Disponible en el Instituto Federal Electoral, Coordinación Nacional de Comunicación Social.

²⁶ Latinobarómetro 1997 (tamaño de la muestra no reportada). Fecha precisa no reportada. Disponible en MORI, México (véase nota 2).

²⁷ Alduncin y Asociados y *El Universal*, "Encuesta elecciones presidenciales 2000" (n = 621). Entrevistas por teléfono, muestreo aleatorio estratificado. Disponible en Alduncin y Asociados (véase nota 23).

²⁸ Alduncin y Asociados y *El Universal*, "Encuesta elecciones presidenciales 2000" (n = 802). Entrevistas por teléfono, muestreo aleatorio estratificado. Disponible en Alduncin y Asociados (véase nota 23).

²⁹ Latinobarómetro 1998 (tamaño de la muestra no reportada). Fecha precisa no reportada. Disponible en MORI, México (véase nota 2).

³⁰ Alduncin y Asociados y *El Universal*, "Encuesta elecciones presidenciales del año 2000" (n = 803). Entrevistas por teléfono, muestreo aleatorio estratificado. Disponible en Alduncin y Asociados (véase nota 23).